



*«Hay más cosas en el cielo y en la tierra
de las que sueña vuestra filosofía».*

William Shakespeare

CAPÍTULO 1

Annabel no se había movido en los dos últimos días. Se había quedado tan pálida, y su piel tan helada, que podría pasar perfectamente por un cadáver, una inquietante similitud que se veía acentuada por el hecho de que tuviera que pernoctar dentro de un ataúd.

Pero Annabel no era ningún vampiro, ni una no-muerta. Llevaba padeciendo del corazón desde que su memoria alcanzaba a recordar, lo que tampoco era demasiado, puesto que no contaba más que seis años. Y lo del ataúd no se debía a que estuviera a punto de morir, sino a que la pequeña vivía en un cementerio. Siendo la sobrina del guarda del St. James de Highgate, vergel de sepulturas y cruces de hierro oxidadas al norte de Londres, no tenía demasiadas posibilidades de disfrutar de lo que se suele entender por una infancia normal. Nunca había acudido a la escuela, ni había jugado con los demás niños de su edad... ni recordaba haber jugado a nada, de hecho. Su vida discurría por los senderos del camposanto como las de los demás discurren por las calles de su ciudad natal.

Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el origen de los males de Annabel. Sobre su corazón habían desfilado más de media docena de estetoscopios, con gran pesar por parte de su tío, que debía ver cómo los escasos ingresos de los Lovelace acababan «en manos de una cuadrilla de matasanos». No obstante, parecía que su dolencia había dado un giro decisivo poco antes de que comenzara nuestra historia. Aquella tarde el doctor Geoffrey Toole la había visitado en su casucha de Highgate, como de costumbre; y como de costumbre había arrugado su poblado entrecejo al encontrarla acostada en su ataúd. Al bueno del médico no le entraba en la cabeza que una familia, por muchas dificultades económicas que tuviera, no le pudiera conseguir una cama de verdad a una niña agonizante.

Conocía a Annabel desde los cuatro años. Cada vez que la miraba le daba la extraña sensación de tener delante una

de las cabezas de ángeles del cementerio, arrancada de un pedazo de roca milenaria. Tenía los ojos muy grandes y redondos, de color verde, rodeados por unas pestañas densas como pequeños cepillos, y el cabello tan revuelto como si un huracán acabara de pasar por Highgate y hubiera torcido aún más las cruces sobre la hierba.

Precisamente eran aquellos cabellos suyos los que le hacían comprender a Toole que no era tan angelical como parecía. Eran muy rojos, rizados como un espeso matorral de espinos salvajes; eran tan rojos que su cabeza parecía cubierta de sangre. La mala fama de los pelirrojos aún no había abandonado Inglaterra, ni siquiera a finales del siglo XIX.

Aquella tarde, Toole hubiera necesitado un corazón de piedra para que no le temblara la voz al contarle a la tía de Annabel lo que le sucedía a su propio y agotado corazón.

—Es irreversible, lo reconozco —había escuchado la niña desde su ataúd. Heather, la joven esposa de su tío, sollozaba con su regordeta cara enterrada en su delantal, en la puerta de su habitación—. Una pena. ¡Una niña tan pequeña, tan bonita!

Annabel atendía a medias a su conversación. Las palabras se colaban confusamente en sus oídos; era como si estuvieran hablando de una persona muy distinta. No tenía que mirar a Heather a la cara para adivinar que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿No hay nada que podamos hacer por nuestra Annie, entonces...?

—Esperar que el cielo le conceda un poco más de tiempo —le había contestado Toole, en un resignado susurro— y rezar para que sus últimos días no sean tan dolorosos como todos nos tememos. Su enfermedad resulta devastadora incluso para los hombres más preparados que conozco, hombres hechos y derechos, con muchos más recursos que una criatura... —Y recogió su sombrero para ponérselo en la cabeza—. Lo siento mucho, señora Lovelace. Lo siento más de lo que se imagina.

Con gran esfuerzo, Annabel consiguió asomar un ojo por encima de la madera barnizada de su improvisada cama. Vio cómo el médico depositaba un pequeño frasco dentro de la

temblorosa mano de Heather; contenía una emulsión muy semejante a la sangre.

—Digitalina —le informó el doctor—. Denle media docena de gotas cada tarde, con un vaso de agua. Será suficiente para retrasarlo por unos cuantos meses, espero...

Se marchó del cementerio con los andares acompasados que Annabel se había acostumbrado a espiar desde su ventana. «Ese Tom Lovelace no puede estar hecho de la misma pasta que nosotros, querida», se quejaría a su mujer a la hora de la cena, recordando la carita que le sonreía con cansancio desde su ataúd. «¡Dejarla morir como si no tuviera su sangre! ¡Y todo por culpa de una madre que no quiso saber nada más de su hija!».

Lo cierto era que Toole no se encontraba muy alejado de la realidad. La relación que mantenía Annabel con su tío se había basado, hasta entonces, en un acuerdo no expresado en voz alta de ignorancia mutua. A Tom Lovelace le traía sin cuidado lo que pudiera hacer durante toda la mañana, y la niña lo sabía... Si ni siquiera se molestó en enviarla a una de las escuelas de Holly Lodge, el pueblo más cercano, cuando se la confiaron, ¿qué podía esperarse que le respondiera a Heather cuando le comunicó, hecha un mar de lágrimas, lo que el doctor Toole le había contado? ¿Y qué podía sentir ante la inminente partida de Annabel una persona que siempre la había visto como una carga, eso y nada más?

—Era de esperar —le contestó a Heather, apretando los labios contra la boca de una botella de ginebra. Tom no se parecía nada a Annabel; en vez de tener el pelo rojo lo tenía de un castaño muy oscuro, al igual que la barba que le cubría las mejillas y buena parte del cuello—. Es hija de la loca de mi hermana, por si lo has olvidado. ¿A qué puede aspirar alguien que ha nacido entre cubos de basura?

—No sé cómo puedes ser tan cruel, Tom. Annabel no es más que una niña...

—¿Y qué? ¿Acaso crees que tienen mayor esperanza de vida las hijas de las demás putas de Whitechapel? —Y sacudió la cabeza, riéndose de la expresión de congoja de Heather—. Tampoco hace falta que te lo tomes así, mujer. ¡No es nuestra!

Aquella noche, en voz muy baja, Heather le había acusado de ser «el más insensible de los hombres» y le había asegurado que «ya se arrepentiría de sus palabras», que «también le llegaría su hora», aunque a Annabel se le había quedado grabado a fuego lo que habían dicho. Tuvo que escuchar su conversación por una de las juntas del suelo, y en los siguientes días no pudo arrancarse de la mente la posibilidad de que su caso no fuera tan extraño en aquel sitio inundado de basura al que su tío se refería como Whitechapel.

No se acordaba de casi nada que tuviera que ver con su madre. En su memoria, Rosalie Lovelace se representaba más como una fuerza de la naturaleza que como una mujer de carne y hueso, la mujer que la había tomado un día en sus brazos, que la había hecho reír con sus caricias, que la había apretado contra su pecho y que tal vez, solamente tal vez, la había besado con amor antes de decidir que tenía una vida demasiado ajetreada para hacerse cargo de su pequeña. La recordaba no muy alta, con el mismo cabello que Annabel había heredado de ella, aunque eso podría deberse más bien a lo que Heather le había contado acerca de lo mucho que se parecían. Recordaba la manera en que le cantaba cuando no podía conciliar el sueño, siempre y cuando no se encontrara demasiado cansada después de sus incontables encuentros con los clientes de Whitechapel. Y eso era todo... ni la más leve noción de lo que la propia Annabel supuestamente debía haber significado para Rosalie Lovelace, ni mucho menos para un progenitor sin nombre al que nunca llegaría a conocer.

Últimamente, no obstante, Annabel pensaba mucho más a menudo en su madre. Había escuchado cosas terribles de labios de los sepultureros, historias de un monstruo sediento de sangre que se movía amparado por las tinieblas en el mismo lugar en que sus ojos se abrieron por primera vez al mundo. Armado con las herramientas propias de un cirujano, tenía la costumbre de precipitarse sobre las desprevenidas damas de la noche cuando se encontraban completamente solas. Sus acometidas siempre eran mortales, y sus golpes, certeros. Ninguna de las prostitutas que se cruzaron en su camino consiguió sobrevivir a su encuentro, en aquel

otoño de 1888 tan empañado por el miedo y la desesperación de la metrópolis más importante del mundo. En Londres no se hablaba de otra cosa, y Highgate no era una excepción. Heather estaba tan angustiada como la que más.

—¿Por qué no dejas que se quede con nosotros? —le escuchaba susurrar a su tía por las noches, cuando creían que Annabel se había dormido en su ataúd—. ¿Tanto te costaría traerla al cementerio? Es cierto que no tenemos mucho sitio, pero podría acostarse al lado de Annie, en la habitación de arriba... ¿Me estás oyendo, Tom?

Tom Lovelace siempre hacía oídos sordos a sus recriminaciones. Acoger a Rosalie en su casa, según su punto de vista, sería una rematada estupidez; no por exponerse a la cólera del asesino de Whitechapel si le arrebataban de las manos a una de sus víctimas, sino por las complicaciones por las que pasaban los Lovelace para ganarse el pan. Si no podían comprarle una cama a su sobrina, ¿cómo se le ocurría a Heather que conseguirían salir adelante con una boca más que alimentar, aparte de la de Annabel?

—Y que se traiga también a sus amiguitas —le replicó una vez, sin que el ceño fruncido de Heather le amedrentara en lo más mínimo—. Mira, si son muy numerosas nos ayudarán a salir de este bache. No sé cómo no se me había ocurrido...

—¿De qué demonios estás hablando? —le increpó Heather, malencarada.

No confiaba en su tono de presunta inocencia. Llevaban atravesando un bache desde que se casaron, cinco años antes; una decisión que Heather lamentaba con toda su alma.

—Me refiero a que podríamos abrir un burdel en medio de Swain's Lane —repuso Tom con acidez—. Para los viudos que se acerquen a depositar unas cuantas coronas de flores en las tumbas de sus señoras. ¡Apuesto a que nos haríamos de oro!

—No tienes corazón —le susurró Heather—. Tu hermana tuvo que nacer con el tuyo.

A Tom no se le ocurrió qué decir a esto, y el silencio que siguió a su conversación, un silencio que se prolongó durante todas las semanas que duraron los crímenes de Whitechapel, se convirtió en una más de las grietas que separaban al ma-

trimonio, tan profunda como un abismo. El único consuelo que le quedaba a Annabel era que nadie echaría de menos en Londres a su pobre madre, si le ocurría algo malo. Ni tampoco a ella misma, si moría en Highgate. No dejaba de ser un consuelo para una persona acostumbrada a contemplar la amargura de los que se quedaban en el mundo de los vivos, sin saber nada de la región a la que partían sus seres queridos... porque ninguno había vuelto para contarlo.

* * * * *

Sabía que se encontraba abocada, le gustara o no, a convertirse en una más de las enmohecidas cruces de hierro que se inclinaban en medio de la noche a su paso, cuando se dedicaba a recorrer, completamente sola, las avenidas tapizadas de hojarasca y malas hierbas de Highgate. Annabel tenía la costumbre de escaparse de su ataúd en cuanto su tío y Heather se encerraban en su propia habitación, para no tener que escucharlos. Prefería cien veces el concierto nocturno de los cuervos que rasgaban el cielo sobre su cabeza antes que los reproches de una Heather que se había olvidado por completo del tiempo en que creyó ser feliz al lado de un Tom Lovelace cualquiera. Habían pasado menos de dos años desde que la madre de Annabel la dejó al cuidado de su irascible tío, y desapareció para siempre de su vida, pero la niña ya conocía de memoria cada uno de los rincones del cementerio que acabaría convirtiéndose en su particular patio de recreo. No importaba lo mal que se sintiera cada noche, ni lo alterado de unos latidos que se encargaban de avisarle por su cuenta del tiempo que aún le quedaba; Annabel nunca dejaba de acudir a su cita privada con Highgate. Corría como un cervatillo sobre las tumbas renegridas que salían a su paso, y se acucillaba durante horas a los pies de los dolientes ángeles que alzaban la mirada al cielo entre los matorrales del camposanto. Tenían los dedos de piedra carcomidos por la erosión del viento, y a Annabel le encantaba acariciarlos con los suyos mientras se imaginaba que acudían a buscarla en el momento en que diera el paso final. Desplegando sus grandes alas en los últimos resplandores de un sol en llamas, con los labios rasgados en la más impercepti-

ble de las sonrisas, la tomarían en sus brazos para conducirla a una ciudad desconocida en la que no tendría que preocuparse por el estado de su pequeño corazón hecho añicos. Y en la que no habría nadie, ni siquiera Heather, que la obligara a tomar un sorbo más de aquel repugnante jarabe de hojas de dedalera cuyo sabor no se desvanecía en su boca ni siquiera después de dormir durante horas.

Highgate había sido su escuela, y sus lápidas, sus cuadernos de lectura. Annabel aprendió el abecedario de la mano de su tía, durante los paseos que solían dar por los dos sectores del cementerio mientras Tom se encontraba en compañía de los sepultureros. Más adelante, cuando creció lo bastante como para poder leer por sí misma sus historias favoritas, Heather se las sacaba de la biblioteca pública que inauguraron poco antes en Chester Road, la carretera que rodeaba el extremo este del cementerio. Tenía que hacerlo a escondidas, porque Tom, que ni siquiera sabía que su mujer había pagado la cuota de suscripción con unos cuantos chelines de su sueldo, no veía con buenos ojos que dedicaran su tiempo a leer. Le decía a Annabel que se volvería aún más tonta de lo que ya era si se dedicaba a imitar a su tía. Aunque no quisiera reconocerlo, le daba más miedo tener dos mentes tan activas en casa que ninguno de los ataques de Jack el Destripador.

Aún no podían imaginar cómo cambiaría las cosas un encuentro fortuito en aquel otoño, poco después de que el doctor Toole los visitara. El paulatino declinar del sol sorprendió a Annabel acostada en su ataúd, con un libro de cuentos en las manos. Noviembre se encontraba muy avanzado, y los árboles que se levantaban majestuosamente a izquierda y derecha de Swain's Lane, la carretera que separaba los dos sectores del cementerio, habían perdido casi todas sus hojas; las que quedaban en lo alto eran de un dorado muy parecido al de las ilustraciones de las que se alimentaba la imaginación de la niña.

Los cuentos de Perrault eran sus favoritos. Annabel podía pasarse horas enteras resiguiendo con su dedo las líneas del relato, leyéndolas una y otra vez, aunque se las supiera de memoria. A Heather nunca dejaría de maravillarla su capacidad de concentración.

—¿Sabías —le preguntó Annabel en voz alta— que si este cuento fuera verdadero nadie habría dejado en paz a la Bella Durmiente? Con todos los criados y los caballeros dormidos, y hasta los animales, se podría saquear el castillo entero. Habría muchas personas malas que se quedarían con sus tesoros... y hasta con la rueca...

Tenía los ojos clavados en uno de los dibujos. La hermosa princesa aparecía espléndidamente enjoyada en su cama; el príncipe se tocaba con un sombrero que a Annabel le parecía ridículo, con una pluma que le caía por delante de la cara. No entendía cómo la Bella Durmiente podría contener la risa al ver a su salvador por primera vez.

—Nadie sería capaz de atravesar un bosque de espinos con esta ropa —continuó con aire crítico— y salir sin las mangas hechas jirones. ¡Parece vestido para un baile!

Tardó un momento en darse cuenta de que Heather no le prestaba atención. La había escuchado dar vueltas por la cocina, durante más de una hora, y de repente todo se había quedado en silencio. Un silencio de lo más preocupante. ¿La habría dejado sola su tía?

—¿Heather? —dudó Annabel, dentro de su caja forrada de terciopelo—. ¿Sigues ahí?

Metió el libro de cuentos debajo de su almohada para ponerse en pie, en medio de su ataúd. No le daba miedo quedarse sola en su cuarto, que se encontraba en el segundo piso de la casa, debajo del tejado en pendiente, pero quería saber dónde se había metido Heather. La volvió a llamar en voz alta, con los mismos resultados. Sin hacer más ruido que un gato, Annabel se acercó a la maltrecha puerta que había quedado entornada, asomó la nariz al descansillo de la escalera... y se quedó de piedra cuando sus ojos tropezaron con una persona que no esperaba ver en Highgate. Ni en ninguna parte, en realidad.

Una mujer acababa de colarse en la casa aprovechando que sus tíos se habían marchado. Annabel se quedó mirándola sin que se diera cuenta. Se había acomodado en el primer escalón, y se pasaba una mano por encima de un escote que identificaría como la marca distintiva de las prostitutas de Whitechapel si tuviera unos años más. Llevaba un pañue-

lo deshilachado alrededor del cuello, del mismo rojo encendido que su melena...

Fue la visión de su melena, más que ninguna otra cosa, lo que consiguió que la niña la reconociera. Un grito sofocado se escapó de su boca. Al escucharla, la mujer levantó la cabeza en la dirección en la que se encontraba, y sus ojos almendrados, de un marrón muy oscuro, entraron en colisión con los de Annabel, tan verdes como la hierba fresca.

Creía haberse olvidado de su cara, pero la recordó en cuanto la tuvo frente a sí. Nada de lo que le pasó en Highgate podría arrancar de su mente el recuerdo de sus caricias.

—¡Mamá...! —acertó a murmurar, con sus manos temblando sobre la barandilla.

Rosalie no le contestó, aunque se puso en pie, poco a poco. Se le habían abierto tanto los ojos que a Annabel le recordó de repente a una especie de lechuza enfundada en un mugriento corsé, con un pie desnudo y el otro metido en un zapato con tachuelas.

—¡Mamá, has venido a buscarme! —Y casi se le saltaron las lágrimas al darse cuenta de que en seguida podría marcharse de la mano de Rosalie—. ¡Te he estado esperando durante todo este tiempo! ¡Sabía que no me dejarías morir aquí sola...!

Riendo sin parar, de pura felicidad, Annabel echó a correr hacia su madre por las escaleras. Se había alborotado demasiado para darse cuenta de que Rosalie no le devolvía la sonrisa. Ni siquiera se había movido, ni le tendía las manos a su pequeña. Simplemente se quedó allí, quieta como una estatua, presenciando cómo Annabel se lanzaba en sus brazos saltando por encima de los cuatro últimos escalones... y dándose de bruces contra la tarima, al atravesar su cuerpo como si no fuera más que una cortina de humo.

—¡Ay...! —aulló mientras se le enturbiaban los ojos por el topetazo.

Se había golpeado la parte derecha de la cara con las tablas del suelo. Aturdida, sin comprender lo que le había pasado, Annabel se palpó la sangre caliente que goteaba sobre sus dedos antes de volverse hacia su madre. Rosalie se le acercaba sin hacer el menor ruido. Sus pasos no resonaban contra

la madera. Sus cejas se arqueaban en un gesto de dolor, como si sintiera sus heridas. «¡Es un fantasma!», adivinó Annabel de repente.

Se aterrorizó tanto que ni siquiera se dio cuenta de que la sangre, que le manaba también de la nariz, le empapaba el cuello que Heather le había cosido por la mañana en su gastado traje gris. Un jadeo se escapó de su boca. Un jadeo de horror, de estupefacción.

«¡Mamá es un fantasma!», se repitió la niña mientras se apretaba las dos manos contra la cara. «¡Está muerta! ¡Se ha vuelto transparente, y yo... yo la acabo de atravesar!».

Cuando ya estaba a punto de alcanzarla con sus manos, incorpóreas como la neblina londinense, Annabel sintió cómo se erizaba cada uno de sus cabellos por la temperatura heladora que aquella sobrecogedora aparición traía consigo. Soltó un alarido, y retrocedió sobre las palmas de sus manos. Visto de cerca, el cuerpo de su madre no se parecía tanto a lo que recordaba; por lo menos Annabel no había tenido que presenciar nunca cómo sus contornos se estremecían y se deshacían cada pocos segundos, delante mismo de su rostro, ni cómo su semblante perdía poco a poco parte de su corporeidad para permitirle contemplar la colección de cazuelas y sartenes desportilladas que Heather colgaba de la pared de la cocina. Veía el interior de la habitación como si se tratara de una humareda poseedora de la caprichosa fisonomía de una mujer, una mujer que se puso a sollozar, rodeando su garganta malherida con las manos. Sin saber muy bien cómo, consiguió ponerse en pie y salió corriendo de la casa lo más rápido que pudo. Le dio la espalda al espíritu, y se alejó a toda velocidad, descalza sobre la hierba y desmelenada.

—¡Heather! —vociferaba con toda la potencia de sus pulmones—. ¡Heather! ¡Heather!

Se la llevó por delante mientras aún seguía llamándola a voz en grito. Permanecía de pie en la pequeña plaza que servía de lugar de reunión a los asistentes a los sepelios, una columnata semicircular, de ladrillo, velada por un telón de hiedra reseca que caía desde el nivel superior, al que se accedía por un tramo de escaleras. La niña no podía dejar de

temblar. Le daba la sensación de que se le quebrarían las piernas como un par de ramitas.

Heather, que había agachado la cabeza cuando la rodeó con los brazos, se sobresaltó al ver el lamentable estado en que Annabel se encontraba. Se puso de rodillas a su lado.

—¡Santo Dios, Annie! —exclamó, sacando un pañuelo para limpiar la sangre que le cubría la cara. Se le había salpicado de manchas rojas el vestido—. ¿Qué ha pasado?

—Me he caído por las escaleras —gimoteó Annabel—. Me duele aquí... en la nariz...

Le costaba enfocar la vista, por el golpe que se había dado, pero se percató de que su tío Tom se encontraba al lado de Heather y de que había otros dos hombres en la columnata. Vestían de manera muy elegante; uno era alto, con un bigote muy fino, como pintado con lápiz, y el pelo engominado hacia la derecha; el otro era corpulento y calvo como una bola de billar. Sostenía un bombín en su mano, al que daba vuel-
tas con nerviosismo.

—Pero ¿cómo ha sido? —quiso saber Heather, alarmada—. ¿Te has vuelto a marear?

Annabel negó con la cabeza. La temperatura de aquella Rosalie Lovelace recién surgida del Más Allá le había calado los huesos. Sentía un pánico instintivo, casi animal.

—Me ha pasado algo... —Se le saltaron las lágrimas al recordarlo—. Estaba arriba, en mi cuarto, leyendo los cuentos que me has traído... y hablando contigo...

—Eso no puede ser, Annie —le advirtió Heather—. Yo había salido de casa.

—No lo sabía —sollozó la pequeña—. Creí que estabas en la cocina... y como no me contestabas me asomé a la escalera... pensando que me habías dejado sola...

Heather, muy conmovida, apretó más su pañuelo contra la nariz de Annabel, de la que seguía manando sangre. Lamentablemente no le dio tiempo a contarle lo que acababa de presenciar. Uno de los desconocidos se aclaró la garganta, en un afectado ademán.

—Estoy seguro, señora Lovelace, de que la curación de su sobrina podrá esperar un poco más —le dijo—. Me temo que lo que nos ha traído a Highgate le parecerá mucho más do-

loroso que una simple hemorragia, por aparatosa que pueda resultar.

—Tenga un poco de paciencia, Barrington —le recomendó su compañero. Miraba a la niña con compasión—. Es una noticia dura de digerir. Tratándose de su madre...

Las lágrimas de Annabel se secaron de inmediato. Se quedó mirando a los dos hombres como si los viera por primera vez, como efectivamente sucedía; la experiencia por la que acababa de pasar no le había permitido prestarles más atención que a ninguno de los ángeles que asomaban las puntas de sus alas de piedra por encima de la columnata.

—¿Qué ha pasado con mi madre? —les preguntó en un soplo de voz.

Se le cayó de la mano el pañuelo que Heather le había dado. Al menos la nariz había dejado de sangrarle, aunque Annabel no se daba cuenta de nada. Había palidecido.

—Annie, por favor, no te alteres —le susurró Heather. Le puso las manos sobre los hombros, como si quisiera asegurarse de que no echaría a correr—. Sé que esto te parecerá espantoso, pero no podemos hacer nada para cambiar... lo ocurrido...

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Annabel con una nota de estridencia en la voz. Volvió a encararse con los desconocidos—. ¿Qué ha pasado con mi madre?

El tipo más corpulento, que había dejado de dar vueltas a su bombín, levantó la vista hacia los inmovibles rasgos del que se mantenía a su lado. Al ver que no parecía dispuesto a abrir la boca, exhaló un suspiro que pareció nacer del interior de sus zapatos.

—Ante todo, tenemos que presentarnos... aunque tus tíos ya nos conozcan —se disculpó ante Annabel—. Este caballero— y señaló a su acompañante, que ni siquiera parpadeó— es el inspector Barrington, de Scotland Yard. ¿Has oído hablar de ella?

Annabel asintió, sobrecogida. Había escuchado muchas cosas sobre el cuerpo de policía de Londres, especialmente desde que su departamento de investigaciones comenzó a hacerse cargo de los crímenes de Whitechapel. La altura de Barrington y la rectitud de su bigote la impresionaban muchísimo... aunque no tanto como un alma en pena.

—¿Y usted? —le preguntó al caballero que le había hablado, muy bajito.

—Herbert Higgs, un simple procurador —explicó con cierta tristeza— que se ve en la necesidad de actuar como un portador de malas nuevas. Me hubiera gustado conocerte en un momento menos... traumático, por decirlo de alguna manera...

—Será mejor que vaya al grano, Higgs —murmuró Tom—. Siga con lo que nos estaba contando. No tiene sentido que pierda el tiempo con una chiquilla.

Al procurador se le redondearon los ojos al mirarle, del tamaño de canicas.

—Usted lo ha dicho, amigo mío: no es más que una chiquilla —replicó.

—Es lo bastante espabilada como para entenderle —argumentó Tom. Por algún motivo no se atrevía a mirar a su sobrina a la cara. Higgs enarcó las cejas.

—No irá a decirme que nunca ha tenido... ¿cuántos años, pequeña?

A Annabel le temblaron los labios, y hundió la cara en el delantal de su tía.

—Seis —respondió Heather por ella, en un susurro—. Los cumplió en marzo.

—Seis no son demasiados —apuntó el inspector Barrington. Había fruncido un poco el ceño—. Lovelace, se lo ruego, haga el favor de ponerse en la piel de su sobrina.

—Ha pasado mucho tiempo —refunfuñó Tom—. El Diablo sabe más por viejo que...

—Usted no es tan viejo como para no recordar el momento en que perdió a su madre. —intervino Higgs de nuevo. Puso una mano en el hombro de Tom—. A menudo nos comportamos con demasiada impaciencia con los demás, y nos olvidamos de lo mal que lo pasamos en sus mismas circunstancias. Todos hemos sido niños.

—No me venga con esas, Higgs... ¿insinúa que mi madre también era una puta?

Pretendía sonar despreocupado, pero los caballeros no se hicieron eco de la insegura sonrisa de Tom. A Heather se le escapó un gemido; apretó a Annabel contra sí, como si te-

miera que alguien pudiera surgir de entre las tumbas para arrancársela de los brazos.

La niña se había puesto aún más pálida al escucharles; parecía una muñeca de cera.

—Entonces... ¿entonces es verdad? —levantó la cara hacia Heather—. ¿Mi madre...?

—Todavía no sabemos lo que le pudo pasar —sollozó la mujer, llevándose una punta de su delantal a los ojos—. Nos acaban de contar que la atacaron esta madrugada, en una de las callejuelas de Whitechapel. La persiguieron desde la casa en la que vivíais en George Yard Buildings. Alguien se presentó en su cuarto...

—¿Alguien...? —comenzó Annabel, temiendo y adivinando la respuesta.

Hubo un momento de silencio. Nadie se atrevió a responderle. Heather recorría con sus manos regordetas la cara de Annabel, como si la sangre que le secaba fuera la de su madre muerta. La boca de la niña consiguió articular las palabras «Jack el Destripador».

—Aún no estamos del todo seguros —le advirtió Higgs—. No conviene precipitarse...

—Scotland Yard no va a escatimar esfuerzos —le garantizó el inspector, que lógicamente quería dejar lo más alto posible el pabellón de su cuerpo—. Nos pusimos a trabajar de inmediato, en cuanto nos avisaron de que la habían hallado en la trasera de la taberna The Ten Bells. El inspector Abberline se encuentra en el lugar de los hechos ahora mismo; él es quien se está haciendo cargo de las pesquisas.

—Entonces la ha matado el Destripador —murmuró Annabel—. He leído su nombre.

—¿El de quién? —se asombró Higgs—. ¿El del Destripador? ¡Si nadie lo conoce aún!

Annabel negó con la cabeza. Se había vuelto hacia la casa de los guardas, aunque no parecía moverse nada a través de las ventanas de la sala. Nada vivo, ni tampoco muerto.

—El nombre de Frederick Abberline —aclaró—. Lo leí en uno de nuestros periódicos.

—Yo también —musitó Heather sin prestar atención a la sorpresa de los visitantes, a los que les debía de parecer muy

poco común que una niña tan pequeña ojeara la prensa local—. Tiene todos los casos del Destripador en sus manos. Venía una fotografía suya en *The Star*, la semana pasada... al poco de que mataran a Kelly...

—También la asaltaron en su propio cuarto, como a Lovelace. —Higgs se volvió hacia Barrington—. ¿No se han parado a pensarlo? Mismo *modus operandi*, misma edad... Hasta tenían el mismo pelo rojo. Puede que se conocieran personalmente.

—Todas las prostitutas asesinadas se conocían personalmente —replicó el miembro de Scotland Yard—. Whitechapel es un hervidero de desharrapados, un foco de perdición. Las prostitutas son como cloacas. Todas las inmundicias pasan por ellas, más tarde o más temprano. El crimen atrae al crimen. Saben perfectamente a lo que se exponen.

—¿Y cuántos desharrapados pueden vivir ahora mismo en sus calles? —Higgs parecía muy escéptico—. ¿Miles? ¿Un millón, incluso? ¿Qué le hace pensar que entre Nichols, Eddowes, Chapman y Stride se dieran los mismos nexos que entre Kelly y Lovelace, si seguimos la pista correcta? Eran mujeres mayores, no como ellas...

—¿Me está dando a entender que en su despacho van por delante de Scotland Yard?

Se habían puesto a discutir, olvidándose de que Annabel seguía mirándolos con sus ojos verdes muy abiertos. Las lágrimas los hacían relucir como esmeraldas rodeadas por un cerco de diamantes. Heather, resoplando con enojo, la agarró de una mano para apartarla de los desconsiderados caballeros que eran capaces de pelearse por el asesinato de una infeliz delante mismo de su hija. Tom no hizo nada por detenerlas. Tenía una expresión tan impenetrable como la de las máscaras de un teatro, sin brillo en la mirada.

Antes de que pudieran entrar en la casa Annabel refulió. Su tía no se había percatado del horror que se pintó en un momento en su cara, al ver la puerta por la que acababa de salir al jardín. Creía que su desesperación la hacía tambalearse.

—Ay, Dios mío, Annie... esto parece una pesadilla...

Su pecho se hinchaba por los suspiros que no era capaz de contener.

—¡Tu pobre madre... Rosalie...! —Se secó las lágrimas—. ¡Con lo que yo la quería!

—Heather, dime la verdad —le imploró Annabel. Aún no había apartado sus ojos de la puerta abierta—. ¿Qué le ha hecho? ¿La ha destripado... como a las demás?

No pudo evitar que le temblara un poco la voz. Heather se quedó mirándola con expresión compungida, y después volvió a mirar a su esposo, que asistía a la cada vez más encendida conversación de Higgs y Barrington como si no tuviera nada que ver con él.

—Por lo que nos acaban de contar, lo hizo de una manera mucho más precipitada...

—Fue un corte en la garganta —susurró Annabel, haciendo que Heather abriera aún más sus ojos castaños—. La he visto —continuó la niña—. He estado con mamá en nuestra casa, mientras seguiais con esos señores.

A Heather se le dispararon las manos al pecho, y de ahí a la boca. Había palidecido.

—Annabel, esto no tiene ninguna gracia. Entiendo que estés muy asustada, pero...

—¡He visto su herida! —insistió Annabel señalando su propio cuello—. La tenía justo aquí, encima del escote. Era un tajo muy profundo, con mucha sangre, como...

—¿Como el que le haría un cortaplumas? —concluyó Heather por ella; se había quedado paralizada—. No me lo puedo creer... Ese tipo, Barrington...

—¿Qué es un cortaplumas? —preguntó Annabel en voz baja.

—Barrington nos lo estaba contando hace un rato, nada más llegar —prosiguió Heather sin prestarle atención—. Lo encontraron en una de las alcantarillas más cercanas... pero no me explico cómo pudiste escucharlo... desde dentro de la casa...

—¡No he escuchado nada! —protestó Annabel—. ¿Qué es un cortaplumas?

Los dedos de Heather, con los que seguía tapándose la boca, le temblaron al decir:

—Una especie de cuchillo con el que se saca punta a las plumas de escribir. Parecido a la navaja de tu tío. Los ricos los suelen utilizar, los lores y gente de postín...

Aquello dejó a Annabel sin palabras. Sin duda Heather sabía de lo que hablaba; sentía tal fascinación por los tejemanajes de las clases más acomodadas de Londres que no se perdía ni uno solo de sus movimientos y se los leía a su sobrina de las crónicas que acompañaban a los periódicos de Tom. A Annabel le traía sin cuidado que lord Goring hubiera pedido la mano de Mabel Chiltern en uno de los bailes celebrados por su hermano. A sus seis años estaba tan convencida de que nunca se cruzaría con un lord que no le prestaba más atención a sus vicisitudes que a ninguna de las aventuras de los personajes de sus cuentos de hadas. No obstante, las palabras de Heather le dieron que pensar...

—¿Y si no ha sido Jack el Destripador? ¿Y si ha sido un aros... un aristoma...?

—¿Un aristócrata? —adivinó Heather sin quitarle los ojos de encima—. No creo que tengan nada que ver, Annie... ¿Qué harían en Whitechapel, pudiendo pasar la noche en cualquiera de las fiestas que organizan entre ellos? Además —añadió viendo que se disponía a protestar— Barrington nos ha dicho que tiene que ser la misma persona que mató a las demás mujeres. Y ya has leído lo que decía *The Star* sobre el Destripador. Según Scotland Yard se trataría de un tipo acostumbrado a manejar instrumentos cortantes. Como un carnicero, un barbero... un cirujano...

Annabel no creía que la profesión de cirujano se ajustase demasiado a los vecinos de George Yard Buildings de los que se acordaba, pero no le quedaban fuerzas para llevarle la contraria a Heather. El impacto de lo que le había sucedido seguía fresco en su memoria. Su tía la miraba con el mismo desconcierto, de pie ante Annabel, con una mano apoyada en sus labios; la aprensión le había secado las lágrimas. «Ven», se limitó a murmurar y le alargó los brazos para que se apretara contra su cuerpo. Annabel lo hizo, como tantas otras noches en Highgate, cuando los temores de la infancia amenazaban con paralizarla en su ataúd... aunque ya no encontraba consuelo en el contacto de sus manos.

El sol se empezaba a poner detrás de los árboles, de un dorado intenso, y la casucha de los Lovelace, rodeada por la congregación de lápidas, se asemejaba a una enorme cala-

vera deslustrada, con los agujeros de sus ventanas abiertos de par en par y las cortinas enganchándose en los arriates más cercanos. Se parecía tanto al aspecto que tendría Rosalie en poco tiempo que Annabel sintió una nueva punzada en el corazón. Un dolor que ya no tenía nada que ver con su enfermedad, ni con ninguna pena que la niña conociera.

Al final, después de todo, su madre había sido la primera en marcharse de las dos.